

Navegando en la Fragata A.R.A. Libertad

Por Victoria Culasso Moore



La Fragata parte con doscientos sesenta y ocho almas a bordo entre tripulación e invitados.

Una vez más, la Fragata Libertad zarpa del puerto de Mar del Plata. Se la ve impecable, empavesada, todo brilla, desde los bronceos hasta los uniformes de la tripulación, los gavieros ya están en sus puestos en todos los palos. Suenan las sirenas de los otros barcos, los aplausos, los adioses, las fanfarrias. Parece una despedida como cualquier otra, salvo por un detalle, yo, que siempre la despedí desde tierra o desde agua, hoy estoy a bordo. Privilegio enorme que pienso aprovechar hasta que lleguemos a nuestro destino, que es la Base General Belgrano, en Punta Alta.

Ya fuera del puerto, el comandante y sus oficiales nos dan la bienvenida, se ponen a disposición para responder cualquier inquietud, duda o pregunta. Les tomo la palabra.

La Fragata parte con doscientos sesenta y ocho almas a bordo entre tripulación e invitados; en este último grupo somos alrededor de sesenta y cinco, un montón. Grupo variopinto, formado por: agregados navales y representantes de embajadas de distintos países; funcionarios del ministerio de defensa; un grupo de estudiantes, alrededor de veinticinco, de

maestrías en Relaciones Internacionales de distintas universidades; una familia argentina-española muy ligada a la fragata desde siempre; por último, los náuticos, los representantes de algunos clubes, algún amigo de la Fragata, somos cuatro o cinco nada más, pero nos reconocemos enseguida armando camarilla, y es con ellos que ya queremos izar las velas, subirnos a los palos, timonear... no queremos perdernos nada. En ese grupo de náuticos descubro al navegante de la expedición Atlantis, no termino de asombrarme. Todos estamos fascinados con la experiencia que estamos viviendo.

Pero lo primero es lo primero y la seguridad a bordo no es la excepción: nos reúnen para la charla reglamentaria de abandono de barco o «zafarrancho», nos dan salvavidas que dejamos en nuestros camarotes, nos dan número de balsa y un par de indicaciones más. Seguimos con la recorrida cada vez más audaz, ya invadimos el puente de mando. Parecemos alumnos de jardín infantiles tocando todo, haciendo pregunta tras pregunta. Los oficiales y suboficiales contestan con paciencia y con ganas, se sienten orgullosos de donde están, se les nota en las caras. En eso, por «difusor», lo que yo llamo megáfono, llaman

Los náuticos ya queremos izar las velas, subirnos a los palos, timonear... no queremos perdernos nada.



La fragata tiene tres palos y veintisiete velas.



a zafarrancho. Todos empezamos a correr. El barco es un laberinto, cuesta mucho ubicarse, escotillas y escaleras empinadas todas iguales. Con esfuerzo llegamos al camarote a buscar el salvavidas, se logra con éxito llegar a las balsas, nos aprueban el ejercicio. Ya vamos siendo mejores tripulantes.

Los náuticos nos ponemos nerviosos porque queremos ver la maniobra de izado de las velas, habrá que esperar. Mientras, la tripulación nos da clases de entrenamiento de prevención de incendios, pero no es teórica nada más. En este caso eligen a un par

de jóvenes y los visten de bomberos, incluyendo las máscaras de gas. Lo difícil que es moverse así, el entrenamiento que deben tener. Otra vez veo la pasión de estos hombres y mujeres del mar.

Pero seguimos navegando solo a motor, volvemos al puente, volvemos con el navegante. Nos dice que está esperando la orden, que ya va a empezar la maniobra de izado de algunas velas. La fragata tiene tres palos y veintisiete velas. Suena el silbato del contra maestre, le contestan los silbatos de los distintos palos, es el único sonido, nada de gritos, na-

die habla, es un entendimiento perfecto practicado hasta esta excelencia que vemos sin poder creerlo. Todo es enorme, los cabos, las velas, las drizas, las pastecas, las escotas, se necesitan la fuerza de cinco tripulantes para cazar una vela, al fin navegamos a vela. Los náuticos somos felices. El puente es nuestro lugar.

Los oficiales y suboficiales siguen mostrándonos las maravillas del barco, nos toca sala de máquina. Motores, generadores, solo miro, no logro entender de qué se trata.

Va pasando la tarde, seguimos con las velas y el motor. Después de mucha charla, nos dejan subir al palo porque queremos ser gavieros honorarios; con paciencia y arneses nos enseñan a trepar, son solo unos metros, suficientes para ver al barco desde otro ángulo, casi volando.

Después de esa experiencia, divertida y distinta, volvemos al puesto de navegantes; cambian el rumbo, el viento no da para mantener portando las velas, entonces se repite la complicada y perfecta maniobra del arriado de las velas con su adujado, todos

Todo es enorme, los cabos, las velas, las drizas, las pastecas, las escotas.



Cae la noche, las actividades no terminan, todas son interesantes.

los tripulantes colgados de los palos. Velas y cabos quedan en perfecto orden como si no hubiese pasado nada.

Cae la noche, las actividades no terminan, todas son interesantes. Un almirante, que fue comandante del Rompehielos Irizar, nos apasiona con la Antártida. El Tratado Antártico, las bases de Argentina en esa zona, los rescates, las islas de la zona, la fauna, todo se trasmite con pasión. Se pregunta, se debate, se aprende.

Después de la cena, se arma un grupo que canta con mucho oficio, pero los náuticos no podemos quedarnos cantando, volvemos al puente. Subiendo escaleras sin luces, a oscuras, a los golpes. La guardia está tranquila, está todo bajo control, ahora sí podemos irnos a dormir.

Solo un rato, apenas amanecemos estamos en el puente de nuevo, cada uno mira lo que le interesa, rumbos, meteorología, cartas, radares. Empiezan las actividades de instrucción. Tema: navegación práctica,

nudos, velas, maniobras, comunicación con silbato. Todo es un disfrute.

En algún momento del día empiezan las actividades de limpieza, orden, la hora de llegada a puerto está estimada para las seis de la tarde, pero el barco tiene que estar listo reluciente mucho antes para que lo reciban con todos los honores.

Pido permiso y me meto en el pañol de mantenimiento con Daniel, el aventurero de la expedición Atlantis; lo presento, todos se sacan fotos con él,

pasamos momentos muy divertidos, todos estamos contentos. Los tripulantes, porque vuelven a sus casas; nosotros, porque estamos en ese barco.

Cambia el tiempo lluvioso, empieza a salir el sol, los pasajeros se animan a salir a tomar un poco de aire. Los náuticos seguimos en el puente cuando el navegante me ofrece si quiero timonear la fragata. Por supuesto que mi respuesta fue un sí rotundo. Sin dudar me siento en la butaca del timonel. La Fragata A.R.A Libertad navega 1,4 millas conmigo al timón, ni en sueños me imaginé estar sentada acá.

La Fragata A.R.A Libertad navega 1,4 millas conmigo al timón.



Yo con Daniel Sánchez Magariños, el aventurero de la expedición Atlantis.

Somos unos privilegiados por haber vivido esta experiencia y nos despedimos de la Fragata.



Entrego el timón, sin poder creerlo, me quedo ahí parada mirando todo lo que pasa alrededor, lo que hacen los demás... Estamos entrando al canal de acceso de la ría que nos lleva a Base Belgrano, llega el práctico, el barco se prepara para el arribo como se preparó para su partida, impecable, empavesado, todo brilla, desde los bronce hasta los uniformes de la tripulación, los gavieros en sus puestos en todos los palos. Llegamos al puerto suenan las sirenas de los otros barcos, los aplausos, las fanfarrias, las familias se encuentran, se abrazan. Nosotros, los náu-

uticos, contentos, presentimos que esta navegación ha sido única e irrepetible, que somos unos privilegiados por haber vivido esta experiencia y nos despedimos de la Fragata, majestuosa, iluminada con el color de la bandera argentina.

Agradecimiento: Al Comodoro de la Subcomisión de Yachting, Santiago Nottebohm, que compartió la invitación que hiciera la Armada Argentina para navegar en la Fragata Libertad.